

Juan Manuel Ramírez Palomares.

Mezcal, Guanajuato, Azafrán y Cinabrio, 2010.

I

El decir poético de Juan Manuel Ramírez Palomares generalmente es melancólico; lo paradójico es que desde este tono azul-grisáceo uno puede encontrar un cierto sendero celebratorio de la vida. Es decir, que desde el lado de la sombra, la luminosidad se ve agazapada, asomando unos tímidos nudillos. No vemos al hombre radiante, vestido de encendidos colores; pero tampoco vemos a un hombre traje-gris, sino un yo que transita por la calle, empapándose de los avatares de la vida, que somete o arremete contra la razón y la conciencia *necesaria* en el derramamiento de los días, contra el imperio del tiempo y su inexorable transcurso:

el horizonte es un reloj
que detiene una hora para cada tripulante.

(*Mezcal*, 9)

dice el poeta, y nos vuelve pasajeros, paseantes sobre una barcarola que navega mares metafísicos, como aquellos otros ríos en los que nadaba una Maga de otra historia que es, en cierta manera, la misma; porque aquí y en varias partes “las horas son frutos caídos a destiempo” (*Mezcal*, 10), o los tiempos se entrelazan o se deslían.

Mezcal no es, ni lejanamente, las memorias o la conciencia desde el lado del embriagado, del seducido por los efluvios de Baco. No es un recordatorio de cuitas o penas, ni de la imagen emborronada de la realidad vista a través de las paredes de un vaso de cristal humedecido. Es, si tuviéramos que hablar de contenidos (a pesar de que Archibald Macleish señalara que “un poema no debe significar/ sino ser”), es repi-to, la experiencia del otro lado de la embriaguez y de cómo ese mundo

aparentemente lúcido y regido por los diferentes pactos obligados para la convivencia entre los seres humanos, también presenta las distorsiones o irrealidad que sumariamente se adjudican, exclusivamente, a los dominios del alcohol. Es decir, que en la inversión, lo que normalmente era visto como el lado diáfano de la realidad resulta con una faz corrompida.

El poemario no es tampoco una apología del derivado étlico y los bebedores, sino ese rastro y rostro contra las argucias de la razón y las razones de la moral junto con todos sus imperativos. ¿Todos los *deber hacer* y los *deber ser* de un tiempo y un momento en una sociedad son los principios categóricos y determinantes para vivir? ¿Solo esos? No, creo que no. Y la evidencia nos la muestran los marginales, los que quedan fuera de ese circuito cerrado; y que, por lo mismo, se convierten en forajidos. Los poetas, a lo largo de la historia, han estado generalmente marcados bajo ese signo o estigma y muchas veces, tal vez sin verdaderamente proponérselo –digo, como un propósito de persona seria, aseada y respetable– nos han dejado ver el envés de las cosas. La sorpresa. La maravilla.

II

Celebro que en este libro se haya reunido, también, una serie bajo el título general de *Azogue*, en la que la mirada del lector se enfrenta a los duros ojos que le devuelve un espejo. Si bien el de Juan Manuel no es un enfoque novedoso ante el tema del espejo y todas las irrealidades y ambigüedades que suele hacer converger, no es eso en lo que hay que fijar la atención, sino en la plasticidad de la escritura y las imágenes convocadas.

El espejo como tema o provocación literarios ha sido muy socorrido porque la pregunta por el hombre y por la individualidad, y por mirar literalmente esa individualidad como un otro yo que se asoma a sus ojos, ha sido preocupación oriental y occidental desde los inicios del hombre. La característica apasionante de la duplicación de la especie, y de la

transformación de los espacios y los objetos, y ya no solo de su replicación, ha fascinado la reflexión filosófica, la científica y sobre todo la artística; cuando no la religiosa. Sobre esta última dimensión del ser humano hay multitud de muestras en forma de mitos y creencias como el considerar que el alma es raptada por la superficie reflejante, o su variante occidental de Narciso embebido por ese 'otro' morador del espejo de agua.

Azogue se inscribe en este recorrido milenario por el tema en el sesgo que pregunta hacia el misterio de cómo cabe la realidad –o lo que llamamos así– en ese trozo de metal líquido y pulido, mercurial. Aunque tampoco es una pregunta, sino una constatación. Así suceden las cosas, así se muestran las cosas:

Espejo oscuro fueron
el hombre con su historia de días
el alba y el ocaso.

(*Azogue*, en *Mezcal*, 21)

Pero, líneas arriba decía que, en el fondo, lo que menos importa en el poemario es el tema o la originalidad de su enfoque. La escritura, los versos, la atmósfera que construyen y esa peculiar manera del autor de hacernos sentir su intimidad poética son lo agradecible de esta *plaque*. Es decir, que no es el argumento poético lo más poderoso en la escritura, sino la poesía misma. Uno asiste a la creación del verso como si fuera la creación del mundo, son las palabras organizadas de esa manera las que nos hablan de un orden posible del mundo, de un tono posible del mundo, de una sensibilidad exteriorizada. Porque, en términos de Martin Heidegger, un poeta, un ser que está habitado poéticamente, contiene todo en sí, lo que él aparece, lo que se hace presente, y lo pensante, el mundo y lo que le rodea.

III

El remate del libro lo constituye una pequeña selección de poemas de juventud fechados en 1978. Siete poemas, sin título seis de ellos y cuatro con dedicatoria (aunque otro bien podía haber sido dedicado a Jorge Luis Borges) a los poetas tutelares, en aquellos días, del autor: Miguel Hernández, César Vallejo, Jorge Cuesta, Roque Dalton. Faltando sorpresivamente en esta nómina alguien que ha estado presente a cada paso escritural en el espíritu de Juan Manuel, me refiero al español León Felipe. Cierra el conjunto y el libro todo, “Apocalipsis”. Se podría pensar que esta palabra evocadora de finales mayúsculos y terribles es casi una marca en la producción poética de Ramírez Palomares; no lo apocalíptico entendido como el recuento final y funesto, sombrío, de la vida con toda su cauda de penumbra y tenebrosidad, sino solo ese tono saturnal que no llega a lo oscuro, que aguarda en el azul-violáceo de la pesadumbre melancólica haciendo intentos malabares por colgarse de la luminosidad, aunque solo sea de sus puntas. El yo poético en casi toda la obra de Juan Manuel porta un traje cortado, como el que se ciñera León Felipe, “del mismo paño recio,/ del mismo/ paño eterno,/ que el manto de Manrique”. La lectura tendría un matiz diferente si, en este caso, el editor y no el autor, fuese quien haya decidido tanto la aparición de este poema como su ubicación. No que se eliminen las notas melancólicas y la visión de mundo aparejada a la desilusión y a un algo de tristeza que sí dominan las páginas de Juan Manuel, pero sí se fuerza el acento y la mirada sobre ellas con un giro tal vez no tan natural. La intención del escritor y del editor puede no ser coincidente.

De otro fue la palabra..., que así se rotula este poemario dentro del libro *Mezcal*, toma su nombre de un verso de Jorge Cuesta, y lo lleva muy adecuadamente porque, lo mismo que en el soneto del Contemporáneo, en los poemas de Ramírez Palomares se hace un reconocimiento a todos los poetas que con su voz han acuerpado, encarnado lo que en su origen fue mudez y silencio y luego palabra; y también al viaje mismo de los

sonidos y grafías que en un determinado momento de la expresión de la sensibilidad, de la forma, se encuentran con ellas como propias; persiguiendo su eco y su huella se encuentran en el sentido para germinar nuevas, unas otras en ellas mismas.

Artífice de las palabras como es el poeta, su destino es hacerlas gritar hasta enronquecerse, brillar cristalinas y radiantes, murmurar con un suave soplo. Para César Vallejo, el autor compuso esta imagen:

Sale de las manos una palabra
tersa
dulce
transparente.

(“En el centro del dolor...”, en *Mezcal*, 25)

Yo la recojo y se la devuelvo. De las manos de Juan Manuel brota una palabra tersa, dulce, transparente...